

# Misión Joven

Revista de Pastoral Juvenil



**Separata**

**MJ 520** (Mayo 2020)

estudios

Páginas 17-25

Pobreza, justicia, ecología,  
teología: un diálogo fecundo

---

JAIME TATAY NIETO, SJ

## Pobreza, justicia, ecología, teología: un diálogo fecundo

**JAIME TATAY NIETO, SJ**

Profesor de Ecología, Ética y Doctrina Social de la Iglesia en la Universidad Pontificia de Comillas (Madrid)

### Síntesis del artículo

El autor presenta los conceptos de ecología integral y de justicia ambiental en el pensamiento social católico (especialmente de la encíclica *Laudato si'*) y en el pensamiento ecológico contemporáneo. Señala las semejanzas y diferencias entre ambos y describe algunas propuestas prácticas que ya se realizan y son buenas prácticas para imitar y multiplicar.

**#PALABRAS CLAVE:** Ecología integral, justicia ambiental, *Laudato si'*, ecofeminismo, ética, pensamiento social cristiano.

### Abstract

The author presents the concepts of integral ecology and environmental justice in Catholic social thought (especially in the encyclical *Laudato si'*) and in contemporary ecological thought. He points out the similarities and differences between the two and describes some practical proposals that are already being made and are good practices to imitate and multiply.

**#KEYWORDS:** Integral ecology, environmental justice, *Laudato si'*, ecofeminism, ethics, Christian social thought.

### Introducción

Todavía hay quien se pregunta por qué las religiones se han interesado en la cuestión ecológica en los últimos años y, sobre todo, qué pueden aportar a un debate en apariencia tan técnico. En el caso de la Iglesia Católica la respuesta es sencilla: el interés se debe a la estrecha conexión que hay entre la degradación ambiental y la vulnerabilidad de aquellos más desfavorecidos o frágiles: pobres, niños, enfermos, ancianos, mujeres, pueblos indíge-

nas y minorías raciales. Con el paso del tiempo, a este primer interés se sumaron otras razones y motivos, como la importancia de pensar en las futuras generaciones o el valor que tiene la propia creación como don de Dios y lugar de encuentro con Él.

Pero no cabe duda que la “cuestión social” fue la puerta de entrada a la “cuestión ecológica” para los católicos. Hay una frase en la encíclica *Laudato si'* (LS) del Papa Francisco que lo explica de forma clara y directa:

“Muchos pobres viven en lugares particularmente afectados por fenómenos relacionados con el calentamiento, y sus medios de subsistencia dependen fuertemente de las reservas naturales y de los servicios ecosistémicos, como la agricultura, la pesca y los recursos forestales. No tienen otras actividades financieras y otros recursos que les permitan adaptarse a los impactos climáticos o hacer frente a situaciones catastróficas, y poseen poco acceso a servicios sociales y a protección. Por ejemplo, los cambios del clima originan migraciones de animales y vegetales que no siempre pueden adaptarse, y esto a su vez afecta los recursos productivos de los más pobres, quienes también se ven obligados a migrar con gran incertidumbre por el futuro de sus vidas y de sus hijos” (LS 25).

Las poblaciones indígenas y los campesinos pobres de los países en vías de desarrollo son los más expuestos al impacto de la degradación ambiental, aunque no son los únicos. La evidencia acumulada en las últimas décadas muestra que determinados colectivos en todos los países —ricos y pobres, del sur y del norte— sufren de forma desproporcionada los impactos de la pérdida de biodiversidad, el agotamiento de los recursos naturales, la contaminación, la escasez o salubridad del agua, la subida del nivel del mar, la deforestación, la sobrepesca, los fenómenos climáticos extremos o la minería incontrolada.

A todos estos grupos ha prestado una atención especial el denominado *movimiento de la justicia ambiental*, al incorporar a su análisis las conclusiones de la economía ecológica, del pensamiento feminista, de la ética medioambiental y de los estudios raciales y poscoloniales. A ellos nos vamos a referir a continuación para establecer un diálogo y poder así percibir con más claridad las similitudes y las diferencias entre la *justicia ambiental* y la propuesta católica de la *ecología integral*.

Por último, señalaremos algunas de las iniciativas prácticas que se han puesto en marcha recientemente en las diversas comunidades cristianas para tratar de ofrecer una respuesta al triple reto de nuestra época: construir un mundo en el que reine la paz social, la justicia económica y la sostenibilidad ambiental.

## 1 Los centinelas ecológicos y la degradación socioambiental

En opinión del pensador francés Éloi Laurent hay ciertos grupos de personas que son testigos privilegiados a la hora de ver y entender lo que le pasa a nuestro planeta. Laurent los llama “centinelas ecológicos” porque ellos —pobres, niños, mujeres, ancianos, indígenas— son los que, casi siempre, experimentan de un modo más directo o dramático el impacto de la degradación ambiental. No solo ven, oyen y analizan, sino que también huelen, tocan y sienten en sus propios cuerpos los efectos de la deforestación, la defaunación, la contaminación, la erosión, la sequía o la emigración. Ellos y ellas saben bien que degradación ecológica y degradación humana van de la mano.

En el debate medioambiental contemporáneo se ha popularizado un conjunto de expresiones que provienen del activismo medioambiental y de la experiencia de los “centinelas ecológicos”: *justicia climática*, *soberanía alimentaria*, *biopiratería*, *acaparamiento de tierras*, *deuda ecológica*, *racismo ambiental* o *ecologismo de los pobres* son algunas de las más conocidas. Para Joan Martínez-Alier, economista de la Universidad de Barcelona, al igual que para Laurent, estas expresiones de cuño reciente utilizadas con frecuencia por la *ecología política* y la *economía ecológica* han sido desarrolladas y profundizadas por la sesuda reflexión de los académicos, pero es la experiencia, la denuncia y la creatividad de los pueblos indígenas y los colectivos marginados las que las han generado.

En este sentido, la tan citada carta de 1855 del Jefe Seattle de la tribu Suwamish al presidente Jefferson de los Estados Unidos puede considerarse uno de los primeros testimonios de activismo socio-ambiental de los que disponemos. Vale la pena reproducir uno de sus párrafos más significativos:

“Esto es lo que sabemos: la tierra no pertenece al hombre; es el hombre el que pertenece a la tierra. Esto es lo que sabemos: todas las cosas están relacionadas con la sangre que une una familia. Hay una unión en todo. Lo que ocurra con la tierra recaerá sobre los hijos de la tierra. El hombre no tejió el tejido de la vida; él es simplemente uno de sus hilos. Todo lo que hiciere al tejido, lo hará a sí mismo”.

Visto desde la tradición cristiana, la denuncia del Jefe Suwamish y de los “centinelas” a los que aluden los académicos resuena de algún modo con la tradición bíblica, y en especial con el papel desempeñados por los profetas como “videntes”, hombres y mujeres capaces de adelantar el futuro y advertir de los riesgos a los que nos conducen las decisiones presentes. En las propias palabras de Francisco se percibe la dimensión profética de la fe cristiana al afirmar, en una frase citada también con frecuencia, que “hoy no podemos dejar de reconocer que un verdadero planteo ecológico se convierte siempre en un planteo social, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres” (LS 49).

Con el paso del tiempo, las intuiciones y denuncias de los primeros “centinelas ecológicos” se han ido ampliando para incluir aspectos nuevos e insospechados. Un ejemplo de esta ampliación fue la experiencia que llevó a acuñar en la década de 1980 un nuevo término para denunciar el *racismo ambiental*.

## 2 Las minorías marginadas y el racismo ambiental

Respecto al conjunto de la población, las minorías raciales y los grupos sociales empobrecidos han vivido tradicionalmente más cerca de zonas contaminadas o allí donde la calidad de los servicios públicos, del aire, del agua y de los alimentos es de peor calidad. Esta es una realidad sociológica sobre la que ya hay amplia evidencia en muchos lugares del mundo.

Como resultado, estas comunidades están expuestas a un mayor número de contaminantes o patógenos, o viven en zonas donde el “riesgo ambiental” de inundaciones, sequías o episodios climáticos extremos es mayor. Estos últimos años hemos sido testigos directos de estos riesgos diferenciales tanto en países desarrollados como EE. UU. y Australia como en países en vías de desarrollo como Mozambique y Filipinas.

Dado que estos grupos sociales no tienen ni la influencia política ni el poder económico para desplazarse, presionar a sus parlamentos o influir en la política nacional, a menudo son elegidos para ubicar en su proximidad actividades o proyectos de mayor riesgo ambiental, ya sean estos mineros, industriales, agrícolas o ganaderos.

Benjamin Chavis, de la Comisión para la Justicia Racial de la Iglesia Unida de Cristo, definió el racismo ambiental como “la discriminación racial en la selección deliberada de las comunidades étnicas y minoritarias como blanco de exposición a sitios e instalaciones de desechos tóxicos y peligrosos, junto con la exclusión sistemática de las personas de color en la elaboración de políticas ambientales, la aplicación de la ley y la reparación”. La definición emerge a su vez del concepto de *justicia ambiental*, entendido este como

“el tratamiento justo y la participación significativa de todas las personas sin importar su raza, color, origen nacional, o ingresos con respecto al desarrollo, implementación y aplicación de las leyes, regulaciones y políticas ambientales”.

La crítica, fundada, al racismo latente en muchos de los problemas socioambientales contemporáneos coincide también con el análisis de los estudios poscoloniales, que han puesto de relieve el impacto que la colonización ha tenido y sigue teniendo en el modo de extraer los recursos naturales, repartir la riqueza que generan y evaluar el impacto ambiental de su extracción, procesamiento y comercialización.

La Iglesia se ha hecho eco de esta reflexión. Una referencia directa aparece en *Laudato si'*, cuando se afirma que “hay una verdadera ‘deuda ecológica’, particularmente entre el Norte y el Sur, relacionada con desequilibrios comerciales con consecuencias en el ámbito ecológico, así como con el uso desproporcionado de los recursos naturales llevado a cabo históricamente por algunos países” (LS 51). Otra referencia velada a esta cuestión aparece en la crítica a ciertas propuestas ‘verdes’ de países desarrollados: “La imposición de estas medidas perjudica a los países más necesitados de desarrollo. De este modo, se agrega una nueva injusticia envuelta en el ropaje del cuidado del ambiente. Como siempre, el hilo se corta por lo más débil” (LS 170).

Junto a la contribución del movimiento de la justicia ambiental, que ha incorporado la crítica al racismo y la dimensión neocolonial de las dinámicas de degradación ambiental, el pensamiento feminista ha contribuido también de modo significativo a desvelar otra de las dinámicas culturales que nos ha conducido a la situación actual.

### 3 La visión de las mujeres y los dualismos malsanos

Otra de las corrientes de pensamiento contemporáneo que ha confluído en el complejo movimiento ecológico es la del pensamiento feminista. Un buen número de académicas — entre ellas, varias teólogas — han hecho contribuciones significativas en este ámbito a lo largo de los últimos 50 años.

Tras la publicación del libro de Françoise d'Eaubonne, *Le féminisme ou la morte* (1974), el primero que aborda la cuestión ambiental desde una perspectiva de género, pensadoras como Rosemary R. Ruether, Sally McFague, Vandana Shiva, Ivone Guebara, Anne Primavesi o Yayo Herrero han planteado que una de las



razones de la actual crisis ecológica es de tipo cultural: el planteamiento dualista que ha establecido un conjunto de falsas dicotomías o contraposiciones —entre cultura o naturaleza, mente o cuerpo, razón o emoción, conocimiento científico o saber tradicional, independencia o dependencia, hombre o mujer—.

Junto a esta escisión, Marta Pascual y Yayo Herrero señalan que “todos los ecofeminismos comparten la visión de que la subordinación de las mujeres a los hombres y la explotación de la naturaleza son dos caras de una misma moneda y responden a una lógica común: la lógica de la dominación patriarcal y la supeditación de la vida a la prioridad de la obtención de beneficios”. Es más, nuestra cultura (capitalista) “ha desarrollado todo tipo de estrategias para someter a ambas y relegarlas al terreno de lo invisible. Por ello las diferentes corrientes ecofeministas buscan una profunda transformación en los modos en que las personas nos relacionamos entre nosotras y con la naturaleza, sustituyendo las fórmulas de opresión, imposición y apropiación y superando las visiones antropocéntricas y androcéntricas” (Pascual y Herrero 2010).

Si bien el pensamiento social católico no comparte todos los planteamientos del ecofeminismo, resulta legítimo afirmar que hay elementos de la crítica al pensamiento dualista y de la revalorización de lo femenino en nuestra cultura contemporánea que están siendo incorporados a la reflexión y la praxis eclesial. Tanto es así que, justo al inicio de su encíclica, Francisco afirma que “nuestra casa común es también como una hermana, con la cual compartimos la existencia, y como una madre bella que nos acoge entre sus brazos” (LS 1).

Más adelante, hará un examen crítico de la historia del cristianismo para reconocer que Jesús “estaba lejos de las filosofías que despreciaban el cuerpo, la materia y las cosas

de este mundo. Sin embargo, esos dualismos malsanos llegaron a tener una importante influencia en algunos pensadores cristianos a lo largo de la historia y desfiguraron el Evangelio” (LS 98).

Francisco reconoce, de un modo similar al de muchas pensadoras contemporáneas, que el pensamiento dualista ha distorsionado el mensaje cristiano. Reconoce también que la “casa común” es hermana y madre. A ella dirige su atención, al igual que hacia las futuras generaciones.

#### 4 El prójimo lejano y el prójimo futuro

El icono contemporáneo del activismo ambiental es una joven sueca llamada Greta Thunberg. Si bien su persona levanta pasiones a favor y en contra, bien es cierto que ha colaborado a sensibilizar y movilizar a multitud de niños, niñas, adolescentes y jóvenes respecto a la problemática ecológica. Algunos de los argumentos que ha articulado en sus discursos hacen referencia a la injusticia social y al daño cometido a otras formas de vida, pero sobre todo al impacto que la degradación ambiental tendrá en las futuras generaciones que ella misma representa.

Esta es una argumentación antigua en el ámbito de la ética desarrollada ya por Hans Jonas en su conocido ensayo de 1979, *El principio de responsabilidad*—la denominada responsabilidad intergeneracional— aunque presente ya en la mayoría de tradiciones religiosas y filosóficas.

Es también un tipo de argumentación que ha articulado el discurso ambiental de la mayoría de las declaraciones religiosas y ecuménicas, incluida la católica. Benedicto XVI insistió en su encíclica *Caritas in veritate* en que “los costes económicos y sociales que se derivan del uso de los recursos ambientales comu-

nes se reconozcan de manera transparente y sean sufragados totalmente por aquellos que se benefician, y no por otros o por las futuras generaciones” (CV 50).

Francisco, años más tarde, recordará estas palabras para poner en relación la responsabilidad intergeneracional con la cuestión social: “Nuestra incapacidad para pensar seriamente en las futuras generaciones está ligada a nuestra incapacidad para ampliar los intereses actuales y pensar en quienes quedan excluidos del desarrollo. No imaginemos solamente a los pobres del futuro, basta que recordemos a los pobres de hoy, que tienen pocos años de vida en esta tierra y no pueden seguir esperando” (LS 162).

En el caso del cristianismo, la vida monástica resulta especialmente iluminadora dado que es un modo de vida que se basa en la estabilidad y, por tanto, siempre busca una presencia en el territorio orientada al futuro, perdurable en el tiempo —sostenible, diríamos hoy— de la que son testigos los innumerables espacios naturales bien conservados que encontramos en torno a las comunidades religiosas.

Ahora bien, la ampliación del radio temporal de consideración moral que plantea la nueva conciencia ecológica no sólo se extiende hacia el prójimo lejano —aquellos contemporáneos nuestros que sufren la injusticia de la degradación ambiental— y el prójimo futuro —aquellos que vendrán en el futuro— sino que apunta también hacia el resto de las especies y ecosistemas. De nuevo, a este respecto, encontramos convergencias y divergencias entre la propuesta del ecologismo y la del pensamiento social cristiano.

## 5 El valor de las especies y de los ecosistemas

Uno de los debates cruciales de la antropología filosófica gira en torno al estatuto del ser humano en el conjunto de la naturaleza. ¿Qué es lo que nos distingue del resto de formas de vida? ¿Qué nos hace especiales? ¿Qué legitima nuestro señorío sobre el resto de los seres vivos? Los pensadores que se han preguntado por los aspectos diferenciales y distintivos que otorgan al ser humano un lugar único en la historia del planeta y, por tanto, justifican su privilegio y autoridad para decidir sobre otras formas de vida, concluyen que



son la conciencia, el lenguaje y la inteligencia superior las que han permitido el increíble desarrollo tecnológico del *homo sapiens*.

Esta visión del ser humano es compartida por la mayor parte de tradiciones religiosas y filosóficas, así como por muchos pensadores agnósticos o ateos. Sin embargo, algunos filósofos y activistas ambientales la han tachado de “antropocéntrica” o “especista”. Es más, esta pretensión excesiva, afirman los detractores de la visión antropológica dominante, es la que nos ha conducido a la situación actual de bancarrota ecológica, al desprecio del resto de formas de vida y al acelerado proceso de extinción biológica en el que estamos inmersos.

Expresado de otro modo, la pregunta que plantea la conciencia ecológica es si debemos “rebajar” lo humano o “elevar” lo no-humano, es decir, diluir en cualquier caso la estrecha distinción que establece nuestra cultura entre quien es un fin en sí mismo y posee valor intrínseco (la humanidad) y quien es un medio y posee valor instrumental (el resto de la naturaleza). Para buena parte del pensamiento ecologista, en esta falsa dicotomía radica la justificación de nuestras acciones despóticas hacia el resto de formas de vida y la razón de la injusticia que cometemos a diario contra ellas.

El debate está servido y la cuestión sigue siendo un campo de batalla académico por el que discurren ríos de tinta. En el caso del humanismo cristiano, que siempre ha defendido el carácter universal e inalienable de la dignidad humana, la pregunta se ha reformulado echando mano de la tradición, de la Biblia y de la teología de la creación. Francisco evita caer en el antropocentrismo al hablar de una “comunidad sublime” en la que el ser humano, sin perder su irrenunciable dignidad, forma parte de una red de vida que también posee un valor intrínseco:

“No los tenemos [los ecosistemas] en cuenta sólo para determinar cuál es su uso racional, sino porque poseen un valor intrínseco independiente de ese uso. Así como cada organismo es bueno y admirable en sí mismo por ser una criatura de Dios, lo mismo ocurre con el conjunto armonioso de organismos en un espacio determinado, funcionando como un sistema. Aunque no tengamos conciencia de ello, dependemos de ese conjunto para nuestra propia existencia” (LS 140).

Tomando como referencia la Biblia, el Catecismo, los pensadores cristianos y el Magisterio, Francisco insiste: “advertimos que la Biblia no da lugar a un *antropocentrismo despótico* que se desentienda de las demás criaturas” (LS 68); de igual modo, “el Catecismo cuestiona de manera muy directa e insistente lo que sería un *antropocentrismo desviado*” (LS 69).

Ahora bien, y aquí es donde resulta vital ir despacio para no pasar de un extremo al otro y caer en la tentación de una sutil misantropía, “un antropocentrismo desviado no necesariamente debe dar paso a un ‘biocentrismo’, porque eso implicaría incorporar un nuevo desajuste que no sólo no resolverá los problemas sino que añadirá otros” (LS 118).

En síntesis, como suele ser habitual en el pensamiento católico, el dilema que la crisis ambiental ha puesto de manifiesto se aborda manteniendo los extremos en tensión, tal y como hace la teología sacramental al reconocer el mundo creado como un signo o “sacramental” de Dios, sin confundirlo ni fusionarlo con el Creador.

Citando a Benedicto XVI, Francisco recuerda a este respecto: “Los cristianos, además, estamos llamados a aceptar el mundo como sacramento de comunión, como modo de compartir con Dios y con el prójimo en una escala global. Es nuestra humilde convicción

que lo divino y lo humano se encuentran en el más pequeño detalle contenido en los vestidos sin costuras de la creación de Dios, hasta en el último grano de polvo de nuestro planeta” (LS 9). Las especies y los ecosistemas poseen un valor que va más allá de su uso instrumental. Un valor que debemos reconocer y preservar.

## 6 La propuesta de la ecología integral

En las últimas décadas el pensamiento social católico ha establecido un fecundo diálogo con el pensamiento ecológico contemporáneo, y en especial con el movimiento de la justicia ambiental. Este diálogo lo ha establecido en dos planos distintos: hacia fuera, incorporando alguna de sus propuestas y rechazando otras que considera incompatibles con la cosmovisión, la antropología o la ética cristianas; y hacia dentro, releyendo sus propias escrituras y redescubriendo elementos valiosos de la espiritualidad, el magisterio y la tradición católica. De este fecundo diálogo están surgiendo un conjunto de iniciativas entre las que señalaré seis.

## 7 ¿En qué se traduce todo esto?

En nuestro país, toda esta reflexión académica y teológica se está traduciendo a nivel eclesial en propuestas prácticas de muy diversos tipos en parroquias, colegios, diócesis y comunidades cristianas. Señalamos, para concluir, algunas iniciativas recientes que merecen una especial atención:

- La Cátedra de Ética Ambiental de la Universidad de Alcalá elaboró una pequeña guía titulada *Siguiendo la Laudato si'*. *Sugerencias para la conversión ecológica de las parroquias católicas* (2016). Este pequeño libro está sirviendo de referencia para trasladar a

la gestión de los templos católicos muchos de los principios de sostenibilidad ambiental que se aplican ya en otras instituciones. En esta guía no sólo se proponen un conjunto de medidas prácticas, se parte de una reflexión teológica y se sugieren múltiples actividades pastorales que pueden ayudar en el proceso de concienciación y conversión ecológica.

- Un conjunto de organizaciones católicas de cooperación al desarrollo y acción social han puesto en marcha la campaña *Si cuidas el planeta, combates la pobreza*. La campaña, inspirada en *Laudato si'*, busca contribuir a la transformación del actual modelo de desarrollo injusto, insolidario e insostenible y a la construcción de una ciudadanía global y solidaria, consciente de la necesidad del cuidado del planeta y dispuesta al cambio de hábitos y prioridades. El *Decálogo Verde* resume los retos fundamentales a los que nos enfrentamos para preservar la Tierra, nuestra casa común, y defender los derechos de las personas empobrecidas y las comunidades más vulnerables.
- El proyecto *moda re-* de Cáritas Española también ha resultado sugerente como propuesta de modelo de economía solidaria, tratando de dar una nueva vida a la ropa y a las personas que lo necesitan, cuidando la máxima dignificación de la relación de ayuda y garantizando la autosuficiencia económica del proyecto.
- La organización católica de cooperación vasco-navarra, *Alboan*, lanzó una campaña de incidencia política que denunciaba los conflictos socioambientales que hay tras la minería que abastece los materiales con los que se fabrican nuestros dispositivos digitales. Con el título “Tecnología Libre de Conflicto”, dio a conocer la conexión que existe entre los móviles, tablets y ordenadores con la guerra en el Este de la República Democrática del Congo. También

influyó con éxito en la Unión Europea, junto a otras organizaciones, para tratar de regular la importación de estos minerales.

- En los últimos años se vienen ofreciendo también talleres, retiros y ejercicios espirituales en clave ecológica. Organizados por la asociación *Biotropía*, por la casa de ejercicios de Celorio (Asturias) o por otros grupos cristianos, estos retiros ayudan a profundizar en la dimensión espiritual y en las motivaciones profundas que posibilitan el cuidado de la casa común.
- También se han ido sumando en los últimos años más y más organizaciones católicas tanto a las *Marchas por el clima* como a las celebraciones del Día de la Tierra. En la última COP25 celebrada en Madrid en diciembre de 2019, unidos bajo una pancarta que rezaba “Católicos por la casa común”, se congregaron multitud de organizaciones y grupos católicos.
- Al mismo tiempo, en varias diócesis españolas se ha creado una *Comisión Diocesana de Ecología Integral* que trata dinamizar el cuidado de la Creación en la Iglesia local. De

momento estas estructuras están impartiendo formación al clero, organizando jornadas de sensibilización, conectando a diversos grupos de Iglesia y aportando su experiencia. Como resultado de estas iniciativas, se está adquiriendo cada vez más experiencia institucional y aprendiendo de las mejores prácticas que se llevan a cabo en otras parroquias o diócesis.

- Por último, en el ámbito educativo, quizás el lugar desde donde la Iglesia católica puede hacer su contribución más significativa, se plantea pasar de la educación ambiental a una formación integral que incluya el cuidado y la sostenibilidad como elementos estructurales del proceso de crecimiento del alumno y como misión de la propia institución. En este sentido, se están dando pasos importantes, como es el caso de la iniciativa *Laudato SEK* (Jesuitas-Málaga) o la iniciativa *Don Bosco Green Alliance* (Salesianos). Los jesuitas norteamericanos también han generado un libro digital de acceso libre, *Sanando la Tierra*, especialmente pensado para introducir en el curriculum la cuestión ecológica.

JAIME TATAY NIETO, SJ

## BIBLIOGRAFÍA

- J. MARTÍNEZ-ALIER, *El ecologismo de los pobres: conflictos ambientales y lenguajes de valoración* (Barcelona 2005).
- E. LAURENT – P. PROCHET, *Pour une transition sociale-écologique: Quelle solidarité face aux défis environnementaux?* (París 2015).
- United Church of Christ, *Toxic Wastes and Race in the United States. A National Report on the Racial and Socio-Economic Characteristics of Communities with Hazardous Waste Sites* (Nueva York 1987).
- M. PASCUAL RODRÍGUEZ y Y. HERRERO LÓPEZ, *Ecofeminismo, una propuesta para repensar el presente y construir el futuro*, Boletín ECOS nº 10 (CIP-Ecosocial 2010).
- FRANCISCO, *Carta encíclica “Laudato si’”. Sobre el cuidado de la casa común”* (24 de mayo de 2015).
- E. CHUVIECO – M. BURGUI, *Siguiendo la Laudato si’. Sugerencias para la conversión ecológica de las parroquias católicas*. Universidad de Alcalá (Alcalá 2016).
- J. TATAY, *Ecología integral. La recepción católica del reto de la sostenibilidad: 1891 (RN) – 2015 (LS)* (Madrid 2018).
- S. MCFAGUE, *Modelos de Dios. Teología para una era ecológica y nuclear* (Santander 1994).
- *Sanando la tierra*, <https://healingearth.ijep.net/es>.